

años sesenta fue imposible taponar todas las grietas por las que se colaba «la cultura», que se publicaba incluso contra el régimen, que muchas revistas desafiaban lo establecido, asumiendo riesgos con valentía, que la literatura de los exiliados se recobraba a la luz del día, no es menos cierto que la libertad sólo se recobró tras la muerte de Franco, que sólo a partir de entonces floreció la literatura, la memoria, la historia, la pintura, el cine, etc, que sólo entonces pudo también llegar la desilusión, el desencanto, la zafiedad, la plebeyización y el «todo es cultura» que a veces tanto irrita.

Esta es, en fin, la España en la que vivimos, donde la II República y la guerra civil, referentes históricos de la transición, han sido definitivamente enterrados como elementos de confrontación, como no sea de confrontación historiográfica, la cual es notablemente incruenta; donde se ha producido, también definitivamente, la modernización pendiente de la primera mitad del siglo xx, tanto a nivel político, como social y económico, y donde la cultura, aunque a veces banal, se sirve a sí misma, sin necesidad de ajustar las cuentas a nada ni a nadie.

Ricardo Miralles

GARCÍA DELGADO J.L. (Edit.): *Las ciudades en la modernización de España. Los decenios interseculares*. (VIII Coloquio de Historia Contemporánea de España, dirigido por M. Tuñón de Lara), Siglo XXI de España Edit., Madrid, 1992, 474 págs.

La aproximación al desarrollo de las ciudades españolas entre los años 1875 y 1930 centró el VIII Coloquio de Historia Contemporánea, celebrado en el mes de abril de 1991, bajo la dirección de M. Tuñón de Lara, en la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en la ciudad de Cuenca.

Las ponencias allí desarrolladas se recogen en este volumen, en el que por desgracia no se integra algo a veces tan importante como las mismas ponencias: la discusión o coloquio siguiente a las mismas, la comparación y correlación entre diversos modelos de morfología urbana, la explicitación de dudas y sugerencias y, sobre todo, el intercambio de noticias, informaciones y experiencias varias para la investigación de estas cuestiones. Aunque se continúe diciendo que esto encarece el producto en demasía, hay que continuar insistiendo en ello, por si alguna vez se logra dar utilidad a las decenas de cintas de «cassetes» que vienen cerrando, si no se desecharon, este rico material y experiencias.

En ocho sendos capítulos se resumen sucesivamente las trayectorias urbanas de Barcelona, de Bilbao y Vitoria en el País Vasco, las ciudades de Asturias (Oviedo, Gijón, Langreo y Mieres), Valencia, Sevilla y Málaga en Andalucía, Madrid, Zaragoza y, finalmente, Las Palmas de Gran Canaria.

Conocidos los sectores que articulan global y segmentariamente cada una de las visiones que aquí se ofrecen, y, sobre todo, la trayectoria investigadora de sus

autores, se comprende con claridad es sesgo que toma cada investigación en concreto. Dominan, pues, aquí las perspectivas geográficas, económicas, sociales y políticas, conforme se observan, más que intentos de análisis integradores, trabajos internamente bien trabados y complementarios con los realizados por los otros autores que se refieren a la misma ciudad. Sólo en el caso de Madrid desaparece o, mejor, ni figura la articulación aducida; lo que no obsta para considerar como válidos, serios e internamente bien trabados los ensayos de sus correspondientes autores.

El capítulo I, dedicado a la presentación y análisis de la trayectoria urbana barcelonesa, ordena los trabajos de *X. Tafunell B. de Riquer* y *P. Gabriel*, que se centran respectivamente en los estudios de la construcción en la ciudad, en las limitaciones a la modernización política entre 1890 y 1923 y en la articulación política popular durante el período.

En el primero de ellos se especifican las formas de promoción inmobiliaria que influyen y reciben la influencia de los factores determinantes de la construcción, para acabar incidiendo en el grado de convergencia entre «ciclo de construcción» y «ciclo económico», y concluir enfrentando la alta dinámica constructora del último tercio del siglo XIX con la ralentización inversora del período de entre guerras; unido todo además a la complejidad mantenidas después de la Gran Guerra (págs. 12-19).

B. de Riquer comienza justificando lo que no parece necesario una vez leído y releído su trabajo. Ciertamente él prefiere la reflexión; pero no escapa —y es también su mérito— a una igualmente bien lograda labor de erudición que se completa y perfecciona con una claridad y un orden dignos de agradecer. Desde el primer momento despeja la repetida y no probada «apatía electoral», una vez aceptado el contraste entre la «aparentemente abúlica vida oficial» y «la muy inquieta, conflictiva y dinámica sociedad civil». Por desgracia el análisis de esta última es apenas perceptible en sus dinámicas concretas; aunque aluda específicamente al rechazo del cunerismo, a la representatividad local y «de intereses» de los candidatos electorales y, sobre todo, a algo tan esencial, claro y no suficientemente bien valorado: que «la dimensión política no se agota en la dinámica electoral» (pág. 23). Por ello, continúa el autor, «hay que ampliar el campo de análisis mucho más allá de las elecciones para comprender las reacciones sociales» (pág. 24).

La segunda parte del trabajo, quizá la más interesante y modélica, viene a ratificar la afirmación primera y a probar la existencia de mecanismos de participación distintos de los puramente electorales: la formación de un espacio plural y representativo, la atención a la prensa como reflejo de «una sociedad de masas» —un ejemplar de periódico por cada diez habitantes, pese al analfabetismo pujante— y la fuerza representativa de las asociaciones: corporaciones de carácter económico, asociaciones sindicales, centros y ateneos culturales, centros excursionistas y corales, entidades catalanistas, etc., que logran conseguir «una influencia y prestigio muy superior a los propios partidos políticos», y a convertirse en *motor* de cambios políticos tras el «98» (pág. 34); amén de las múltiples experiencias de movimientos ciudadanos dotados y capaces de «hacer patente la opinión de un colectivo».

La «rebelión de las clases neutras» recogida en el punto tercero, los nuevos partidos de masas, el protagonismo político del control o poder municipal explicitan suficientemente la «crisis de representatividad electoral» posterior a la Semana Trágica; así como la «acentuación de la guerra social en las calles» prepara para el enfrentamiento definitivo entre política oficial y resistencia social, que permiten concluir «la escasa capacidad de modernización de las élites dinásticas», y «los graves desequilibrios y debilidades en la articulación de la sociedad española» (pág. 60).

A ello va a referirse *P. Gabriel*, que cierra el estudio de Barcelona con el análisis del *espacio urbano* y la articulación política popular en el mismo. Un trabajo eminentemente social que incide, en primer lugar, en la repercusión del Ensanche en la vida de la nueva y vieja ciudades, y continúa analizando la vida social en la ciudad nueva, el papel de la agitación política en los procesos electorales y la convergencia, con frecuencia casi contradictoria, entre los nuevos y los viejos localismos y continuidades.

Lo que *P. Gabriel* pretende destacar, tal como él mismo recoge en su recapitulación final, es el «contraste entre renovaciones y continuidades» en la vida popular y obrera de la ciudad primisecular, la «unificación popular» como consecuencia de las nuevas formas de agitación política, la recuperación de la representatividad electoral, la presencia activa de los sectores populares barceloneses en la configuración espacial urbana y la dicotomía entre «la vida social de la ciudad más burguesa y profesional, y el Paralelo, donde se formularía una alternativa interclasista de base popular» (pág. 93).

* * *

Los capítulos II y III contienen los trabajos referidos a los modelos urbanos de la cornisa Norte de la Península. *L. V. García Merino* y *A. Rivera Blanco* se refieren, respectivamente, a la consolidación de Bilbao como ciudad industrial y a la formación del ensanche vitoriano; mientras que las ciudades de Asturias —Oviedo, Gijón, Langreo y Mieres— son analizadas conjuntamente por *R. Alvar González A. Fernández* y *S. Tomé*.

En ambos capítulos, y como señal distintiva a la hora del análisis, se observa y constata esa capacidad de visión global y síntesis globalizadora tan específicas de los de lo urbano; aunque no por ello descuidan, ni mucho menos, análisis sociales, intereses económicos en presencia, explicitación de diferencias sociales y mentales, evoluciones socioeconómicas, estratificación sociolaboral condicionada por el paisaje, etc.

Para *L. V. García Merino*, la atención a las bases económicas de la consolidación industrial bilbaina está en la base de una expansión urbana que convierte una pequeña ciudad —el Casco Viejo— en una peculiar «aglomeración» —la de la Ría—, en la que «la organización del uso social y funcional del suelo» exige destacar, en primer lugar, el Ensanche, que da lugar a una ciudad nueva y va a generar en su entorno el desarrollo de una zona suburbial. Frente al Ensanche burgués, el desarrollo de los grupos de casas baratas representa «una especie de ensanche popular», paralelo al primero. Finalmente, la creación y construcción de

Neguri es «la expresión de un espacio social de élite», similar, o a imitación, de las burguesías americana y europea, que abandonan las estrecheces de la ciudad para situarse en la periferia en entorno de mayor y mejor calidad de vida. De esta manera logra ordenar espacialmente una morfología social urbana en la que se siguen y articulan grupos diversos en en relación con su status económico y social.

En el estudio del *ensanche vitoriano* se hace más énfasis en la consideración de los intereses inmobiliarios de una «burguesía inmóvil». A. Rivera Blanco atiende igualmente al espacio; pero también compara y contrasta la «degradación de la vieja ciudad» y la ocupación del nuevo espacio urbano por la burguesía comercial y manufacturera, por los propietarios de suelo, militares y funcionarios de «primera fila»; dando lugar progresivamente a la inversión en la ocupación del espacio por cada clase social: la «invasión-sucesión» a que se refieren los urbanistas.

Como resultado del proceso Vitoria va a quedar conformada, a partir de principios de siglo, «como una urbe que encerraba dentro de sí *dos ciudades* con vitalidades radicalmente diferenciadas», sometidas a una jerarquización de espacios, a la depreciación y revalorización de cada zona en función de la movilidad interior por razones socioeconómicas, y al mantenimiento de una «periferia aristocrática» frente a la «ubicación dispersa para los nuevos trabajadores», que no podían, por razones de espacio, continuar ocupando el casco antiguo.

En este caso, y frente a lo ocurrido en otras ciudades con un incremento demográfico mayor, ni los poderes públicos ni los propietarios de suelo urbano tuvieron en cuenta la lógica necesidad de una política de construcción de «casas baratas», capaz de atender las urgencias vitales de las clases populares y medias.

El estudio de las *ciudades asturianas* es posiblemente el mejor trabado de toda la obra, tanto por la neta especificidad de los modelos de construcción urbana —Oviedo, capital señorial; Gijón, ciudad industrial; Langreo y Mieres, ciudades nuevas de segundo nivel—, como por la complementariedad modélica que cada uno de estos supuestos provoca.

R. Alvargonzález A. Fernández y S. Tomé, todos ellos geógrafos, lógicamente interesados en el análisis del «paisaje urbano» ensamblan en el mismo las peculiaridades urbanísticas que cada espacio requiere al verse condicionado por la historia, la riqueza de su subsuelo o el «despegue» industrial y portuario gijonés. Inciden igualmente en la «tercerización ovetense» y su peculiar «lucha de clases», en el peso de las actividades portuarias e industriales que caracterizan la «nueva sociedad urbana de clases» en Gijón, y en la «dependencia» y «subordinación» urbanas, características de las ciudades de la cuenca minera. «El paternalismo industrial» supo, en estos dos ejemplos de «ciudad minera», ordenar la vivienda y vida de los obreros en función de la «mayor eficacia empresarial mediante la ausencia de conflictos» (pág. 180).

* * *

Los capítulos IV y V explican las trayectorias de ciudades de la periferia peninsular: *Valencia Sevilla y Málaga*. En la primera, Valencia, estudiada por T. Carnero J. Sorribes, R. Reig y V. Comes, se atiende al «dinamismo de una ciudad agraria»; y

se explican los cambios y persistencias en la «modernización de la ciudad», la transición urbana y su peculiar dinámica, la neta importancia del desarrollo urbano para el desarrollo y triunfo del «blasquismo», que logra imponer así su hegemonía.

Los trabajos de *T. Carnero* y *R. Reig* se complementan, puesto que el segundo especifica y concreta las resistencias al cambio que la ciudad agraria plantea, y el aprovechamiento de las mismas por parte de un partido, *Fusión Republicana*, que se manifiesta y desarrolla en la ciudad a partir de la conjunción, como *Reig* afirma, de un «proyecto modernizador» y de una «práctica populista» (pág. 229). La descripción que este autor ofrece de la actividad y eficacia del partido, «maquinaria perfectamente organizada», con una acertada política electoral accionada por campañas modélicas y por su permanencia «en continuo y estrecho contacto con la gente»; su antimilitarismo y su lucha contra la represión; su actuación cultural a través casinos y sociedades obreras de barrios; su capacidad para la más eficiente movilización de masas, justifican sobradamente la consideración del mismo como «partido urbano por propia convicción», y la revalorización del papel de la ciudad como vehículo de «modernidad» frente al «arcaísmo del campo».

Cierto que, como el mismo *Reig* afirma, «la ciudad fue un pueblo grande, destartalado y sin ninguna perspectiva urbanística», que el partido no pudo transformar, a consecuencia de su «falta de peso político», «falta de entidades crediticias» y «falta de interés de los inversores», posiblemente más atentos a las expectativas de ganancia despertadas, desde los inicios de siglo, por la naranja, que por una inversión inmobiliaria coyunturalmente mucho más problemática.

La última parte del estudio de Valencia, la realizada por *V. Comes*, estudia el *movimiento católico valenciano* y su movilización política hasta 1923; e insiste en su organización y lucha contra la amenaza revolucionaria, y su conversión en partido demócratacristiano en 1921 a partir de la Agrupación Regional de Acción Católica». Sólo que, en este caso, el partido desborda los límites urbanos, y viene a reflejar de una forma u otra la preocupación por la acción política que la Jerarquía, y la Acción Católica como brazo secular de la misma, trata de impulsar con un carácter a la vez apologético y de control.

Sevilla y Málaga, cuyos procesos son analizados en el capítulo V por *A. M. Bernal*, *C. Arenas*, *J. M. Macarro*, *J. Morilla* y *J. Sánchez*, mantienen un esquema similar de análisis y desarrollo.

En ambas ocasiones se parte de la realidad económica que condiciona el «depegue» urbano en una coyuntura depresiva, que más adelante, y sobre todo en el caso malagueño, se consolida como regresiva.

En ambos casos, en ambas ciudades, el deterioro urbano es el resultado o conclusión de una crisis económica, anterior en el caso sevillano, y que lleva al capital autóctono a marchar a otras regiones. En esta ciudad el mercado inmobiliario se va a caracterizar, ante la escasez de viviendas nuevas, por la «colmatación del caserío existente», por la limitación de los costes de explotación de la propiedad inmueble y por elevados precios de los alquileres. De esta manera, el estancamiento urbano, la mala dotación de infraestructuras y la «sobreexplotación de la ciudad» convirtieron en negocio una Sevilla «con marchamo bien reconocible, siempre dispuesta a servir de marco incomparable», a exponer su pasado,

su patrimonio monumental, a un tipismo teatrero de apresurado diseño en el que... «los vecinos han aceptado el papel de comparsas» (pág. 293).

J. M. Macarro por último, se refiere a la vida de la ciudad a lo largo del primer tercio del siglo, hasta su coronación con los avatares de la Exposición de 1929. «Sevilla, termina diciendo —pasados los fastos, al hilo de la caída de Primo de Rivera— (era) una ciudad arruinada por los 144 millones de pesetas que les costó la Exposición al Ayuntamiento». Mantuvo, eso sí, los aspectos históricos y artísticos de la misma, «renunciando a los prosaicos del comercio y la industria. De éstos que se ocuparan los catalanes» (pág. 320).

La economía de Málaga, estudiada por *J. Morilla Critz* sigue un curso similar, aunque más retardado en función de, o a partir del desastre de la filoxera. La frenética actividad comercial de los años setenta, ligada al comercio marítimo, incómoda, angosta y agobiante a causa de la industria, termina volviendo la espalda al mar, para volcarse, a partir de la segunda década del siglo, a una agricultura más moderna en el litoral y a una posible, y aún lejana, explotación turística.

Sánchez Jiménez resume, a partir de estos supuestos, la estructura social de la ciudad, la polarización de sus fuerzas sociales, el papel de alta burguesía en el «vértice del poder», la realidad de las medianas y pequeñas burguesías locales y la pobre, y conflictiva, situación de las capas populares urbanas, las fundamentales protagonistas, activas o pasivas, de las manifestaciones políticas debidas o conectadas con la polarización citada, y base y explicación para el auge republicano que hará finalmente posible en la ciudad, en cuanto dependía de unas autoridades locales, el desarrollo de la educación obrera y la instrucción pública.

* * *

El capítulo VI, dedicado a Madrid y presentado como «el nacimiento de una capital», resume las ponencias de *A. Bahamonde*, *J. L. García Delgado* y *S. Juliá*. De todas ellas sólo la última responde al contenido del título.

La primera, de *A. Bahamonde*, se plantea como un antecedente del proceso histórico-urbano que centra el objetivo del Coloquio, y estudia el proceso de surgimiento, desarrollo y declive de «La Peninsular», «la primera empresa constructora a gran escala del siglo XIX, fundada por Pascual Madoz», y aprobada por R. O. de 21 de febrero de 1860. Resulta curioso, bien trabado y muy significativo el análisis de su proceso, hasta su disolución y quiebra; y señala las posibles razones del fracaso: la compra masiva de terrenos a precios demasiado altos en los años 1862 y 1863, el abuso del crédito hipotecario al año siguiente, y, por fin, una emisión y circulación imprudente de obligaciones por parte de la empresa en la esperanza de una crisis pasajera que terminó convirtiéndose en profunda, larga y abocada al cambio político de septiembre de 1868.

García Delgado analiza la economía de «una naciente ciudad moderna», Madrid; e insiste en los tres factores que hacen factible esta modernización económica: su centralidad geográfica, la capitalidad y el sistema radial de transporte y comunicaciones; que terminan colaborando a que «la plaza madrileña» se constituya en la «capital financiera» de España, en el «primer centro decisorio empresarial» y en centro

de atracción de «nuevas iniciativas e inversiones productivas» que acabarán acumulando y autoalimentando «la polarización de actividades económicas» (pág. 407).

Como resultado, como consecuencia de este proceso, en Madrid se completan el predominio del sector terciario, la consolidación del sector industrial y «plurales y sostenidas tensiones» que actúan de consuno como otro «elemento estructurante de la economía y la sociedad».

Posiblemente sea el trabajo de *S. Juliá*, centrado en el análisis de la creación del «Gran Madrid», el que mejor responde al título general del capítulo. Atiende a la «frustración histórica» de la ciudad como capital desde el siglo XVI y sitúa en la segunda mitad del siglo XIX, a partir del ferrocarril que logró romper su tradicional aislamiento y enlazarla con los espacios más dinámicos de la periferia.

El planeamiento de la «gran ciudad», su desarrollo mediante el ensanche y su extensión creciente a partir del mismo, la sustitución del perímetro de en torno a la Puerta del Sol por el eje Prado-Castellana eleva a Madrid al rango de capital con nivel europeo. «Madrid —comenta ese autor— se convierte así, desde las primeras décadas del siglo XX, en centro de comunicaciones y servicios, capital de la industria cultural, sede privilegiada del capital financiero y núcleo de incipiente desarrollo industrial (pág. 425). Hubiese sido muy interesante ahondar en la especificación de estos cauces, de estas constataciones, que convierten a la capital en «situación privilegiada» para proletarios, intelectuales, literatos y artistas, hombres de negocios, capitalistas, etc.

* * *

Los dos últimos capítulos el VII y el VIII, recogen, respectivamente, sendos estudios sobre una ciudad interior, *Zaragoza*, y una ciudad insular, *Las Palmas de Gran Canaria*.

E. Fernández Clemente y *C. Forcadell* sintetizan en no más de treinta páginas el crecimiento económico, la diversificación social y la expansión urbana de la capital de Aragón a lo largo del primer tercio del siglo XX. Un trabajo, pues, de resumen, de motivación y de futuro, puesto que, tal como los autores concluyen, el crecimiento vertiginoso de esta ciudad, pese a la permanencia de «una autoimagen rural», es diagnosticado como «un buen laboratorio para el análisis histórico social que desde la geografía, la historia del urbanismo, la sociología urbana o la historia social está comenzando a despegar». Por lo que aquí se lee, se intuye y se deduce, el trabajo futuro debe ser inmensamente provechoso.

Para el análisis urbano de *Las Palmas*, *J. M. Pérez García* y *M.ª T. Noreña Salto* relacionan, en el entorno del imperialismo europeo finisecular, el despegue urbano con el desarrollo portuario que va a facilitar, dentro de los avatares internacionales, una producción agraria moderna y diversificada y, por encima de todo, el desarrollo y auge de un capitalismo financiero y comercial al abrigo de las franquicias obtenidas en 1852.

El Puerto de la Luz, su conversión tras las obras ejecutadas en los dos últimos decenios del siglo XX en el mejor de esta área atlántica, es el «responsable» de un desarrollo urbano de nueva planta en la zona de unión de la Isleta con el istmo de

Guanarteme, de la presencia y auge de casas extranjeras que sirven de impulso a una burguesía local, que se beneficia de licencias, adjudicaciones y concesiones varias.

«El control político de la ciudad» tal como recogen en el último punto, en manos de un Ayuntamiento y de sus concejales; la posibilidad y la oportunidad de provocar en la institución municipal una infraestructura administrativa que aseguraba tanto su dominio caciquil como la gestión, en cuanto intermediarios, de intereses económicos, objetivos de grupos de presión esenciales en la práctica para lograr que la ciudad llenase las funciones necesarias a su auge y desarrollo.

También en este caso, lo que se espera o avizora es un buen presagio para la profundización en uno de los plurales «modelos» de análisis urbano.

* * *

Como síntesis cabría señalar que esta obra, pese a las desigualdades de método, diferencias en la concepción de lo urbano y del urbanismo y concreción en lo que es de hecho dominante en el proceso investigador de los autores, presenta una panorámica del proceso de «modernización» de un conjunto de ciudades españolas, preponderantes de una u otra forma en la trayectoria de crecimiento urbano y modos de vida igualmente urbanos una vez que se superan progresivamente las dominantes y permanentes pautas de vida rural y predominio agrario.

Se observa, además, por su ausencia, la necesidad de complementar visiones, métodos y construcción de hipótesis en conjunción con otras ciencias sociales, cuyo más moderno y experimentado «utillaje» vendría a favorecer lo que todavía no es realidad en la historiografía hispana: la construcción, en una primera síntesis, de una *historia urbana*, resultado del cruce de análisis en que confluyan la «urbanización» y el «urbanismo».

La historiografía dominante continúa reasumiendo como historia global, excepto cuando se opta por abrir las puertas a sociólogos y antropólogos, una historia desde una mentalidad y unas pautas de conducta específicamente tales.

Precisamente por ello se hecha de menos, como se recordaba al principio, un resumen, al menos, de muchas de las ideas, sugerencias, discusiones, etc., planteadas en los coloquios siguientes a la presentación de ponencias. Pese a los problemas y dudas últimamente manifestadas, aquí parece decidirse, si se acomete con seriedad, un futuro halagüeño y productivo para la «historia social».

José Sánchez Jiménez

BREUILLY John, *Nacionalismo y Estado*. Barcelona, Pomares-Corredor, 1990, 444 págs.

La obra de Breuilly debe enmarcarse dentro de la tendencia de crítica al nacionalismo desde posturas progresistas, tendencia que en los últimos años han ilustrado autores como E. Hobsbawm (*Naciones y nacionalismo desde 1780* Barcelona,